la esposa infiel estaba condenada de antemano: quizás el mismo Laroque se hallaría ya en aquellos momentos enterado de su falta!...

A esta sola idea, la más horrible desesperación se apoderó de su alma, aportándola sin embargo cierto consuelo el recordar la cariñosa manifestación que Cecilia acababa de hacer. Desde hacía algunos meses había advertido en su hija un tan cariñoso cambio, que alimentaba la esperanza de encontrar inesperado apoyo en la ternura de aquella inocente niña. ¡Qué dicha tan grande, si merced á ella pudiera obtener su salvación, viéndose perdonada por David!... ¿Pero, cómo hacerlo?... Sería preciso que Cecilia conociese la conducta de su madre, y que se mostrase además indulgente hacia una falta que tan desgraciado había hecho al autor de sus días... ¿Sería eso posible?... Y por otra parte, ¿sería ella misma quien fuese á solicitar de su hija el codiciado perdón?...

Mil veces no; todo, todo, antes que confesar su indignidad á Cecilia. La favorable solución á tan terrible crisis, se presentaba por lo tanto irrealizable á sus ojos, y cuando la dicha entrase en aquella casa perfumándola con su aroma, veríase obligada la pobre Luisa á salir de ella para siempre.

Una cruelísima hora pasó barajando todas aquellas horribles ideas en su mente, y cuando David y Raoul bajaron á la hora de la comida, halláronla pálida, helada y casi desvanecida. Pretextó después de comer un violento dolor de cabeza y se retiró á su cuarto mucho más temprano que de costumbre.

A la mañana siguiente, que era domingo, se despertó sumamente fatigada y rogó á la señorita Pellegrin que fuese á misa con Cecilia:

—Iré más tarde á buscarlas en coche, y quizás llegue á tiempo para oir el final de la misa mayor...

Llegó en efecto á las once á la plaza de la Neuville, penetró en la iglesia, donde había gran concurrencia de fieles, y no queriendo molestarles, con tanto más motivo cuanto que el sacerdote leía en aquel momento los Evangelios, se detuvo en un rellano, detrás de uno de los pilares que sostenían el campanario y buscó á su hija con la mirada. Vióla en su sitio de costumbre, atenta y recogida, al lado de la señorita Pellegrin. Extendió la vista un poco más lejos, y sintió recorrer por todo su cuerpo un frío glacial al apercibir á Daniel cerca del púlpito, sentado en el banco perteneciente á la familia Condottier. Seguramente no había ido allí para orar, pues permanecía indiferente al santo sacrificio de la misa, y su mirada se dirigía á determinado sitio de la iglesia. Trató Luisa de investigar el objeto hacia el cual el marqués dirigía sus miradas, y en aquella dirección no vió otra persona que Cecilia. Sintió entonces que su corazón se oprimía y hubo un momento en que pensó atravesar por medio de la multitud, y en coger á su hija por el brazo para sacarla de allí; venció no obstante en ella la prudencia y se ocultó más cuidadosamente tras el pilar que la servía de abrigo.

Quiso sin embargo confirmar sus sospechas, tener, en una palabra, la certeza de lo que tanto temía, y ponerse por fin, frente á frente de la infamia tan real como tangible del hombre por quien

todo lo había sacrificado. Aguardó pues á que el oficiante pronunciara el *Ite missa est* y la muchedumbre se dirigió hacia la puerta del templo en medio de ese desordenado tropel, favorable siempre á todos aquellos que quieren aproximarse á una persona dada. Abandonó Daniel su sitio con estudiada precisión en el momento mismo en que Cecilia abandonaba el suyo, hallándose esta última frente á frente del marqués en ocasión de haber dado vuelta al banco y de dirigirse al paso central de la iglesia. Sus miradas se cruzaron entonces, reflejándose en la de Daniel cierto acariciador orgullo, en tanto que la de Cecilia no acusaba sino una perfecta indiferencia. Sonrióse Daniel murmurando algunas palabras. La señorita Pellegrin tomó el brazo de su discípula y ambas se dirigieron hacia el pórtico seguidas siempre de Condottier.

Luisa permaneció en su sitio como petrificada pensando en lo que aquel hombre podía haber dicho á Cecilia y en la impudencia que manifestaba al dirigirse á su hija, que debiera serle sagrada. Dos veces, se decía, ha hablado ya con ella, y quién sabe los proyectos que habrá podido formarse esa alma depravada, capaz de no retroceder ante ningún obstáculo por satisfacer su capricho... Estoy dispuesta á olvidar todo el mal que me ha hecho, pero si por desgracia tratase, tan solo de turbar la tranquilidad de mi hija, yo sabré interponerme entre los dos, dispuesta á toda violencia y á todo sacrificio.

Después, siempre agitado su espíritu á impulsos de profunda cólera, dirigióse hacia la salida y al llegar á la plaza vió alejarse al marqués por la carretera de Beauvais, conduciendo un elegante faetón.

—Te hemos buscado en el coche; dijo Cecilia así que vió á su madre. ¿Dónde has estado?

—He llegado tarde y he salido la última...

—¿Sabe usted señora, quien es aquel joven que se aleja en coche por la carretera de Beauvais? preguntó la señorita Pellegrin. Ha saludado á Cecilia como si ya la conociese, y además, la ha dirigido la palabra

—¿Que la ha dicho? preguntó Luisa á su vez.

—¿Qué es lo que ha dicho, Cecilia? Como no estaba yo al alcance de su voz...

—Me ha saludado, según usted ha visto, muy cortesmente, respondió la joven sin turbarse en lo más mínimo, y me ha dicho: No tendrá usted hoy el trabajo, señorita, de ponerme sobre el buen camino...

—¿Y qué querría decir con eso?

—Bien poca cosa por cierto... Había encontrado ya una vez á ese caballero, y le indiqué entonces, después de preguntármelo, el camino que debía seguir...

—¿Dónde?

—En el parque...

—¿Y cómo había entrado en el parque?

—Por el lado del río.

—¿Y para qué?

—Para cazar. Se llegó á mí á la vuelta de un camino, diciéndome que se había extraviado, yo le saqué de su error, y... he aquí toda la historia. Ni sé quien es, ni cómo se llama.

—Pues bien, hija mía; es preciso olvidarle, porque ya no tendrás ocasión de volverle á ver.

—¿Por qué? preguntó la joven, extrañada.

—Por que es un enemigo de tu padre, contestó gravemente Luisa.

—Entonces, dijo Cecilia, tienes razón, no tengo ningún interés en conocerle... Pero, dí, también papá tiene enemigos?

—Sí, hija mía, como todos aquellos que se elevan por encima de los demás.

—En ese caso, comprendo que debe tener muchos.

—Pero, ¿cómo es que no me has referido antes ese encuentro?

—Porque el día en que se verificó, contestó riéndose Cecilia, tuvimos que hablar de otra cosa que me interesaba mucho más, y había por lo tanto dado al olvido el encuentro del cazador extraviado.

Convencióse Luisa de que su hija la refería las cosas tal y como habían sucedido y no insistió más sobre el asunto. Sin embargo de esto, preguntó á la señorita Pellegrin:

—¿Es la vez primera que ven ustedes á ese caballero en la iglesia?

—Sí, señora, la primera.

No dudó ya Luisa de que Condottier había ido allí por Cecilia y pensó en que quizás rondaba también todos los días por los alrededores y aun por el parque mismo, que se hallaba por cierto mal guardado. ¿Qué hacer en semejante situación? se decía. ¿Cómo dar el grito de alarma, ni cómo explicar á David una tan súbita inquietud sin exponerse á las más desastrosas consecuencias, y sin

que lo comprendiera todo?... Decidió, pues, ejercer por sí propia la más exquisita vigilancia, sin desperdiciar para ello un solo instante.

Una vez de regreso en Saint-Sauveur, se halló Luisa más tranquila: Cecilia, Raoul y Laroque pasaron la tarde dando vueltas por el parque y jugando alegremente al lawn-tennis. Entre tanto, Luisa, encerrada en su cuarto, sentíase presa nuevamente de indecible terror; presentía que el peligro se iba acercando por momentos, y que cualquiera que fuese su desenlace, siempre sería para ella de terribles resultados. A pesar de esto, hacía caso omiso de los peligros que pudiera correr y concentraba todos sus esfuerzos de previsión y de razonamientos en beneficio del reposo y de la dicha de su hija.

La intervención de aquel misterioso personaje en la vida de Cecilia y los audaces manejos que pondría en planta para tratar de llevar á cabo sus odiosos propósitos, todo debía turbar la paz de aquella niña, presentando ante sus inocentes ojos las infamias y vergüenzas humanas, y entonces sería preciso darla explicaciones que llegarían á revelarla la horrible falta cometida por su madre... ¡Ah! con qué odio y con cuánto desprecio recordaba al hombre infame cuyos satánicos medios conocía para apoderarse del corazón de la mujer en la cual posaba sus miradas! Afortunadamente, poseía Cecilia un precioso talismán que ella no había tenido: el acendrado y sincero amor que profesaba al que debía ser su esposo; y si eso no hubiera sido bastante, hubiera llenado la medida el hacerla saber

que aquel hombre era el enemigo declarado de su padre. De todos modos y de cualquiera manera que penetrara su mente en el fondo de aquel intrincado laberinto, le hallaba cubierto de próximos desastres.

Pensó también por un momento en advertir á Laroque de todo cuanto ocurría, pero desechó en el acto tal propósito, ante la idea de hacerle forzosas cuanto dolorosas revelaciones. ¡Cuán caro pagaba su locura!... De todo cuanto acontecer pudiera, considerábase la sola y única culpable, y reprochábase su crimen tanto ó más que pudiera hacerlo el mismo David, expiándole duramente al tener que mentir para ocultar sus maternales desvelos, ella, que tanto había mentido antes para disimular sus culpables goces.

Por fortuna, aquella misma tarde, llegaron Pérignon y Cendrin de París á la imprevista, y la presencia de aquellos dos buenos amigos de Herbelin, la devolvió un tanto la perdida calma. De repente, surgió en su imaginación la idea de confiárselo todo á Cendrin, pidiendo al propio tiempo sus acertados y buenos consejos. El sabio profesor, se hallaba más que nadie al corriente de su pasada falta, y como además de prudente era á la vez hombre resuelto, y comprendía además el estado del corazón de Luisa, no vacilaría en venir en su socorro; asióse pues á esta idea como considerándola su única y verdadera tabla de salvación y se aprestó á llevar adelante sus propósitos aprovechando la primera coyuntura que pudiera presentarse. En efecto, aquella misma noche, en tanto que los convidados

pasaron á fumar, al gabinete de Herbelin, llamó aparte al profesor y le dijo:

—Estamos amenazados de graves y próximas complicaciones, y ha sido una verdadera suerte para todos nosotros que haya usted tenido la idea de venir á vernos. De no haber sido así, me hubiera visto precisada á llamarle.

—¿En consulta? preguntó Cendrin con maliciosa sonrisa. ¿Es por acaso que el matrimonio con Raoul no va por buen camino?

—Lleva tan mal camino, que ya está roto...

—Lo sospechaba, precisamente desde el día del famoso experimento, y así se lo he indicado á Pérignon... ¿El vencedor será sin duda alguna Laroque, no es cierto?... Creerá á buen seguro que es un sueño...

—Sí, á no ser que despierte antes de verlo convertido en realidad.

Cendrin dirigió una mirada á Luisa, y observando su aspecto sombrío y pensativo preguntó:

—¿Piensa David decirle?...

—No puede usted imaginarse de lo que se trata, interrumpió Luisa, y no puedo decírselo aquí, donde, de un momento á otro vendrán á interrumpirnos: es necesario que pueda explicarme con entera libertad.

—Si le parece á usted nos volveremos á ver esta noche, cuando cada cual se retire á sus habitaciones.

—Tenía intención de proponerle lo mismo.

—¿Dónde?

—En este salón. Deje usted que se retiren todos y permanezca usted con David.

—Pero, tampoco podremos hablar en su presencia.

—No tenga usted cuidado. Escribe todas las noches en su gabinete de trabajo... Dígale usted que tiene necesidad de hablarme y venga usted en seguida en mi busca.

—¿Y si me pregunta?

—Nada preguntará, y en todo caso, le dice usted que es un asunto exclusivamente de usted y mío; creerá que se trata del proyectado enlace de mi hija y eso bastará.

—¡Cuán hermosa es la confianza!

—Sí, añadió gravemente Luisa, David ha sido siempre lo mismo y eso es precisamente lo que le representa tan grande y tan fuerte ante mis ojos.

Transcurrió la velada, después de la imprescindible partida de wisth y de las ruidosas exclamaciones de Pérignon, y á eso de las diez, Laroque fué el primero que rompió discretamente la marcha. Todos se retiraron á sus habitaciones y Herbelin después de haber acompañado á Cecilia hasta la suya, volvió á bajar al salón.

Entre tanto, Cendrin, según habia convenido con Luisa, permaneció en el gabinete de David: éste al observar allí la presencia de su amigo le dijo:

—¿No tienes ganas de acostarte?

—Primeramente, sabes demasiado que soy un poco trasnochador, y después, he prometido á tu esposa que iría á reunirme con ella en el salón, donde tiene que hablarme...

David hizo una ligera exclamación y no insistió más sobre el asunto. Cendrin añadió.

—¿Sabes que en verdad, no eres muy curioso?

—¿Y por qué serlo? replicó friamente David. Todo cuanto á mi mujer concierne me produce la más soberana indiferencia. En lo que á ti respecta, estoy completamente tranquilo; si lo que vas á tratar con mi mujer puede interesarme, ya me lo dirás cuando creas que debo saberlo.

—Razonas con una precisión verdaderamente matemática.

El profesor se levantó, preguntando:

—¿Vas á trabajar mucho tiempo?

—No.

—Entonces, presumo que ya estarás acostado cuando yo suba. Buenas noches.

—Adiós, buenas noches.

Dirigióse Cendrin hacia el salón pensando en si la conducta de su amigo sería ó no realmente sincera respecto á Luisa, pues la desesperación que habia mostrado hacia un año, no podía haberse trocado por completo en tranquila calma en tan breve espacio de tiempo. De todos modos, aquella conducta no tan solo no era criticable, sino que merecía por el contrario, merecidos elogios por el mérito que encerraba.

Al entrar en el salón, vió á Luisa sentada á un lado de la chimenea, y dirigiéndose hacia ella la dijo sin preámbulo de ninguna especie:

—Tenía usted razón. Nada me ha preguntado David, que continúa escribiendo con toda tranquilidad en su despacho, sabiendo perfectamente que nosotros nos hallamos aquí.

En tanto que Luisa le explicaba detenidamente

lo mucho que su situación se había agravado, mirábala Cendrin con aire preocupado y entornando los ojos, dándose al propio tiempo cuenta del sorprendente buen efecto que la vida retirada y el aire del campo habían producido en aquella mujer, que en aquellos momentos parecía tan hermosa como en los mejores tiempos de su juventud. En el momento mismo en que Luisa terminaba el relato de sus maternales angustias, abrió bruscamente Cendrin sus antes entornados párpados, y dijo resumiendo en una sola frase, la idea que hacia largo rato se había apoderado de su imaginación:

—¿Está usted segura que ese hombpe no ha venido por usted?

—Completamente segura. Si no se tratase más que de mí, nada me importaría.

—Sería sin embargo tan grave, bajo el punto de vista de las consecuencias.

—¿De qué modo?

—Demasiado puede usted figurarse que la persona en cuestión no se contentará con hacer vagas demostraciones.

—Ese es mi temor.

—Precisémoslo todo. Vamos á ver, ¿qué es lo que puede hacer?

—Mostrarse por los alrededores de esta casa, escribir, tratar de penetrar hasta aquí ..

—¿Y con qué intento? ¿Cuál esperanza la suya? ¡Eso sería la obra de un loco!

—¡De un loco, sí! pero hay locuras que consiguen...

—¿El qué?

—Turbar el corazón de un alma cándida y sencilla.

—¡Ay amiga mía! veo que nos lanzamos á todo correr en las mismas peripecias de la obra que lleva por título. *Los amoríos peligrosos*. No la juzgo á usted tan débil como á la Presidenta y no hago tampoco la menor comparación entre nuestra Cecilia y la pequeña Valange. Es, sin embargo, preciso que todo lo tengamos en cuenta; así lo exige la prudencia. Teme usted que nos hallemos frente á frente de un libertino, que no tiene el menor escrúpulo de conciencia y que ante nada retrocede con tal de satisfacer sus caprichos, así sean éstos de los más perversos... Pues bien... vamos á estudiar el caso.

—¿Y si no me he equivocado, que hará usted y qué conducta me aconsejará usted que siga?

—Trataremos de salir de apuros por medios conciliatorios; y si nada obtenemos, haremos uso de la fuerza.

Luisa exclamó entonces juntando las manos:

—¡Dios mío! Eso es á lo que más temo.

Cendrin la contestó dirigiéndola una centelleante mirada:

—No ha sido lo mismo en otros tiempos.

—Estaba loca, bien lo sabe usted, que ha sido el único que ha penetrado hasta el fondo de mi pensamiento... Pero ahora... ¿Cree usted que David debe de saber todo lo que pasa?

—Sí, dijo Cendrin con firmeza. En el momento en que nadie más que él tenga derecho á intervenir.

—¡Y si interviene, que cosa tan horrible!

—Será, lo que buenamente no habrá podido impedirse que llegue. Habrá por una parte un hombre honrado que defiende lo que es suyo, y por otra, un bribón que desea apropiárselo. Una vez más, se cumplirán las inescrutables leyes del destino.

Luisa exclamó horrorizada:

—¡Luego entonces no quiere usted á David! ¿Usted no sabe á qué hombre pretende entregarle?

—Señora, si entrego á David á ese hombre, como usted dice, será porque es imposible obrar de otra suerte; así y todo, no le entregaría sino con su cuenta y razón. Además de esto, créame usted, por encima de la fuerza material, existe otra fuerza moral que ejerce poderosa influencia, y sobre la que es preciso contar en las luchas de la existencia... Y esa fuerza decisiva su marido de usted la posee en alto grado, y gracias á ella saldrá victorioso en su empresa.

—¡Dios mío! ¡Qué lucha tan horrible!

—Que ni usted ni yo podemos impedir. Antes de ahora es cuando se hubiera debido pensar en ella.

Apenas hubo pronunciado Cendrin estas severas palabras cuando ya se arrepentía de haberlas pronunciado. Luisa prorrumpió entonces en amargos sollozos y dijo con acento de la más sentida humildad:

—Tiene usted razón, y yo misma no ceso de acusarme un solo instante. Eso es lo que devora y tortura mi alma; de otro modo y tranquila la conciencia, arrostraría el peligro con entera serenidad... Pero soy yo, yo la que ha atraído la desgracia, y yo también la responsable de todo cuanto pueda ocurrir. Comprendo que al pasar por tan terrible prueba, es en justa expiación de mi falta... Pero, ¡Dios mío! ¡Que hiera tan solo á la culpable y no caiga también sobre la cabeza del inocente!

—Tranquilícese usted y confíe en mí y en todos cuantos la rodean, dijo Cendrin con dulzura. Nadie la abandonará y aun el mismo David, yo se lo garantizo, sabrá prestarla su apoyo si es usted la que se encuentra amenazada... Si fuese Cecilia... Esperemos, sin embargo, que ella no lo estará, porque entonces... no quiero figurarme lo que pasaría...

—Su cólera sería terrible...

Cendrin no contestó y dijo moviendo la cabeza con aire preocupado:

—Vigile usted por su parte; yo haré otro tanto por la mía... Y mañana veremos si la noche nos habrá sugerido alguna idea salvadora.

Después cada cual se dirigió en silencio á sus respectivas habitaciones... Cendrin tenía situada la suya en el primer piso, y en uno de los ángulos del edificio, á la que conducía también una escalerilla desde el piso bajo. El cuarto ocupado por el sabio era en extremo espacioso, y daba por un lado al parque y por el otro al patio principal. Hallábase á la izquierda una estufa, en la que Cecilia cultivaba flores de toda especie, desde que no desplegaba ya en la Neuville su afición á la jardinería. La noche era obscura, y el viento que rugía con fuerza, arrastraba con violencia espesos nuba-

rrones, por entre los cuales dejábase ver la luna de vez en cuando.

Eran ya las doce cuando Cendrin entró en su cuarto; al lado de éste había un salón, en cuyo centro se hallaba una mesa que sustentaba un encendido quinqué. Conocidas como lo eran en aquella casa, las costumbres del profesor, hallábase todo preparado para que éste pudiera velar cuanto quisiera; esto es, un buen fuego, luz y una botella de agua de limón.

Mucho más preocupado de lo que se manifestara ante Luisa, trocó el frac por un cómodo y amplio batín, cubrió su cabeza con la acostumbrada boina negra, y sin temor de incomodar á nadie por la posición independiente del cuarto que habitaba, comenzó á dar grandes paseos en todas direcciones.

Iba de la alcoba al salón, pasando de la obscuridad de la primera á la brillante luz que arrojaba el quinqué que en el segundo ardía. Las persianas del salón permanecían cerradas, en tanto que aún continuaban abiertas las del cuarto de dormir, de manera que siempre que su cuerpo se interponía entre la luz y la ventana, la proyección de la sombra sobre la hierba del parque, atraía necesariamente sus miradas. Detúvose una de las veces ante una de las ventanas, reflexionando profundamente, sobre todo cuanto había hablado con Luisa, y al cabo de unos momentos de permanencia en aquel sitio, parecióle ver una sombra que se movía entre el macizo de árboles y al borde mismo del parque. Quizás sería una de tantas ramas agitadas por

el viento, que proyectaba su sombra sobre el iluminado suelo de la avenida; observó, sin embargo, con más atención y ya no tuvo duda alguna de que era un hombre el que se movía.

El hecho, por más que la hora era ya bastante avanzada, no hubiera tenido en otras circunstancias, el importante interés que en aquellos momentos tenía para Cendrin, después de los temores que Luisa le había dado á conocer; así es que la aparición de aquel nocturno paseante, no tuvo otro remedio que asociarse, en el espíritu del sabio á las tentativas del marqués de Condottier, decidiendo, por lo tanto, prestar extraordinaria atención á los movimientos del desconocido.

El hombre en cuestión se adelantó hasta llegar á la verja que comunicaba con los diferentes departamentos de servicio, observando con cuidado y como con temor á ser descubierto: se acercó después á la estufa y una vez allí, parecióle á Cendrin que aquel hombre llevaba en la mano un paquete de cuya forma no podía darse exacta cuenta. La luna se manifestó entonces en todo su esplendor iluminando por completo el muro, sobre el cual se dibujó de un modo preciso la silueta del desconocido. Era, en efecto, un hombre, mejor dicho «un caballero» á juzgar por su aire elegante y desenvuelto. Cubría su cabeza un sombrero hongo, que ocultaba sus facciones, y entonces pudo ver claramente Cendrin, que era un ramillete lo que llevaba en la mano. Abrió la puerta de la estufa, que nunca estaba cerrada del todo y desde el mismo dintel alargó el brazo, sin duda alguna para colo-

car el ramillete; pues cuando retrocedió, ya no lo ostentaba en su mano.

¿Será este el marqués en cuestión, se preguntó Cendrin no poco preocupado, que cual otro Romeo, viene á rondar bajo los balcones de su amada?... ¿Romeo he dicho?... no; confundo en este momento los personajes: el que salta la verja en el teatro llevando flores en la mano, es Ruy Blas. Sin embargo, para un galán que como el marqués, tiene fama de conquistador de fin de siglo, su conducta actual no deja de ser romántica. Mañana por la mañana veremos lo que quiere decir ese ramillete.

Entre tanto, el desconocido, que sin duda había llevado ya á cabo el objeto de su excursión, batióse en retirada hacia el mismo sitio por donde viniera. Permaneció inmóvil un instante al pie del macizo de árboles, como si observase las ventanas del castillo, y perdióse después en la obscuridad. Aguardó Cendrin un cuarto de hora más, para ver si volvía, y no observando nada de nuevo, apagó la luz del salón y entró en su cuarto con objeto de entregarse al descanso.

A la mañana siguiente, bajó muy temprano al jardín, dirigiéndose en seguida á la estufa, en donde halló un magnífico ramo de orquídeas en cuyo centro destacábase una carta, que como es lógico llamó la atención de Cendrin. El sobre estaba dirigido á Cecilia, así es, que le faltó tiempo para romperle y pudo leer entonces lo que sigue: «Mientras usted se halla entregada al sueño, yo velo bajo sus ventanas. Si tiene usted la bondad de mirar por ellas, me verá todas las noches, á eso de las doce, á

la entrada de la estufa.» Aquella carta carecía de firma.

Cendrin arrugó la carta entre sus dedos, echó una irritada mirada al ramillete y atravesando el parterre llegó hasta el patio de las cuadras, y rompiendo la cinta de seda que sujetaba las hermosas á la par que insultantes flores, las arrojó sobre el estiércol con mal contenida ira.

—Ese es su sitio—murmuró.—En cuanto al que las ha traído, es en realidad el más indigno de los hombres... ¿Cómo llegar á darle la lección que merece?

Después regresó al castillo con aire meditabundo, y se puso á trabajar para purificar su espíritu, de la infamia que se había visto obligado á presenciar.